

BLANCA ÁLVAREZ CABALLERO

Tiempo, amor y muerte: *Piedra del Ángel*, de Hugo Francisco Rivella

No haber caído,
como otros de mi sangre,
en la batalla.
Ser en la vana noche
el que cuenta las sílabas.
JORGE LUIS BORGES

P

Piedra del Ángel, de Hugo Francisco Rivella, constituye el Premio Gilberto Owen, otorgado por la UAEM en 2011, en su séptima emisión, cuyo jurado estuvo conformado por Óscar Wong, Raúl Renán y Pedro Salvador Ale. *Piedra del Ángel* nos ofrece 69 poemas en dos secciones: *Piedra del Ángel* y *La pared inconclusa*. Su autor expresa que *Piedra del Ángel* es como jugar en una casa circular donde los enigmas de siempre están presentes: Dios, la Eternidad, la Muerte, el Hombre, y por él, lo imaginado, lo perdido, lo amado. Se trata de asuntos que una y otra vez son observados por el poeta, a través de injusticias sociales, como lo ocurrido en la Plaza de Mayo, en el poema “Pared latente”: “La pared silenciosa se ha vuelto un alarido, / han pintado su espuma con letras memoriosas. / ‘Que aparezcan los desaparecidos’ / ‘Las madres de los Jueves han sitiado a la Muerte’. / Y abajo, a pie del agua, el nombre de los hijos: Libertad” (p. 63).¹

En otras publicaciones había denunciado hechos sociales indignos, como la muerte del hijo de Javier Sicilia en “El hijo muerto”: “¿Cómo podrán sus ojos saciar mi calavera? / ¿Cómo podrá la noche tapar su rastro de mí? / ¿Cómo podré quitar del mar sus trágicos caballos y el

1 A partir de aquí, las referencias al libro se harán indicando únicamente la página respectiva.

carruaje de espejos que lo han visto morir? / Javier Sicilia oculta su rostro entre las manos / ¿Quién lo puede tocar? / ¿Con qué canción de cuna se dormirá la muerte? / ¿En qué zona del cuerpo me acuchillan sus lágrimas? / ¿Qué flor pondré en el huerto cubierto por la nieve? / Arrojo este poema al fondo de la noche” (Rivella, 2011a).

La situación de la literatura también es un asunto central en el poemario, en tanto la literatura es pensar, actuar y dejar testimonio de la existencia humana, desde lo personal e íntimo hasta lo universal e histórico. Por los textos de *Piedra del Ángel* transitan una y otra vez Jorge Luis Borges, Emily Dickinson, Walt Whitman, James Joyce, Mark Twain, Virgilio, Juan Carlos Onetti, Emilio Salgari, Karl Marx y algunos vanguardistas europeos, entre muchos otros. Ya de manera explícita, ya mediante juegos simbólicos, a través de la obra de esos escritores se hace presente el amplio bagaje cultural de Oriente y Occidente en la poesía de Rivella. El autor argentino lanza diversas piedras a los lectores: “la metáfora y el delirio”, para cuestionar “¿Quién piensa a este poema? / ¿Quién le labra su esfera? / ¿Quién le destrama el hueso?” (p. 39).

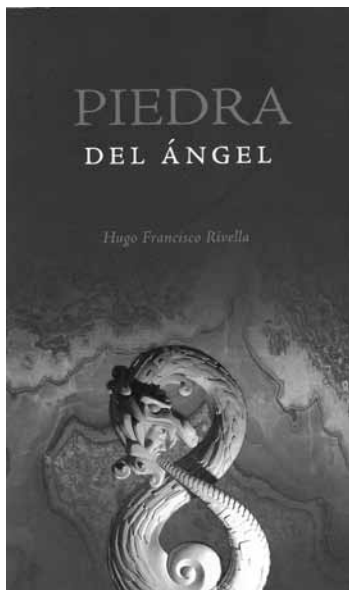
El poeta lo hace con gran soltura, coloquialismo, fuerza y, muchas veces, cierta agresividad en un verso libre y extenso en su mayoría, el cual, de tan largo aliento, rebasa en varias ocasiones este modo y se transforma en prosa poética, sobre todo en la sección “La pared inconclusa”, lo que recuerda “El arte de injuriar”, de Borges, en la referencia a una historia de tradición oral en que Miguel Servet dijo a los jueces que lo habían condenado a la hoguera: “Arderé, pero no es otra cosa que un hecho. Ya seguiremos discutiendo en la eternidad” (Rodríguez, 1997: 69).

Los escritores se exponen a la injuria social ante todo como un compromiso literario que, en el caso de Rivella, tiene hondas raíces argentinas, si bien moldeadas por la literatura universal. Así, al referirse a algunas características de la poesía narrativa argentina, desde sus raíces, Berenguer Carisomo destaca la del ambiente arrabalero y sórdido, profunda en su realismo; la fantasmagórica y simbólica; la propia de Borges, en que se aprecia “el universo como

caos inabordable; la existencia como azar puro, como existencialismo trágico; el panteísmo unificante: todos los hombres pueden ser uno y éste, todos; en consecuencia, la negación de toda divinidad eterna, omnisciente y perfecta... narraciones policiales sublimadas” (Berenguer, 1970: 79).

Por ello, para Rivella es fundamental remitirse a narradores y poetas mencionados, quienes funden lo existencial con lo social, la reflexión filosófica universal y la vivencial más cotidiana, el concepto de hombre temporal y su materialidad a través, por ejemplo, del recuerdo de la madre ausente, la experiencia del exilio y el proceso de un hombre ahorcado, sobre el cual el poeta/lector pregunta: “¿Qué fue? ¿Quién lo llevó a morir? ¿A caer? ¿A rodar y a caer nuevamente?” (p. 61), como la piedra de Sísifo, como la piedra del ángel que gira y gira sin descanso sobre tópicos eternos de manera abierta y dispersa

El poeta argentino lo expresa en un texto que condensa estos aspectos una y otra vez desglosados por el escritor a quien dedica el libro, es decir, Jorge Luis Borges: “Fui aquél, el de las rosas leves y la ecuación del ángel. / Cuando escribo el poema y lo recito, siento que soy un río que parte lejos, / que fluye, / se desmadra y vuelve a ser un círculo en la



Hugo Francisco Rivella, *Piedra del Ángel*, Toluca, UAEM, 2011.

nieve [...] que aún sigue dando vueltas en el laberinto que he soñado” (p. 26). ¿A dónde va, entonces, este libro? A todos los lugares y a diversos tipos de lectores, al contener piedras literarias de varios tamaños y texturas. No obstante, hay un tono general en el libro: cuestionador, a partir de la indignación diacrónica y sincrónica que el poeta ha observado, ya desde lo universal conocido por la tradición oral y la documentación libresca, ya desde el testimonio particular. Es el mal de Sísifo y la serpiente que se muerde la cola, en tanto el poemario muestra varias formas de dolor; callejones sin salida que son denunciados, aunque no necesariamente ofrecen soluciones porque, en gran medida, en *Piedra del Ángel* el hombre y sus obras se

conciben, en general, fugaces y escépticos, en tanto que se ligan al tiempo histórico occidental.

Al respecto, existen tres tiempos en *Piedra del Ángel*. El pasado es utilizado sobre todo para recordar situaciones muy personales, como la convivencia con la madre, al tomar como centro la muerte de ella: “En esta casa, / madre, / viviste los duraznos, las granadas y las noches en que hacías empanadas para matar el hambre. Fuiste feliz conmigo, con los nietos, con la risa más clara de Leonor y la flor memoriosa de los días” (p. 17). En otro poema también la invoca: “En tu vientre, / madre, / seguí siendo el niño que desterró a los ángeles del cielo / y soñó con los peces de tus ojos lavados, / luego nací a la vida como un milagro” (p. 20).

El viaje al pasado personal incluye la infancia, la extrañeza ante el encuentro con un pueblo natal tan fantasmal como el recuerdo. La certeza de que muchas cosas cambian en la realidad objetiva y se difuminan en la mental: “En aquel lugar de la casa he llorado la muerte de mi madre, / en el patio hice cruces de barro y columpié en la sombra mis ocho años. / Ya nada queda” (p. 30), “Y el tiempo en el reloj que cuelga de la pared como un niño dormido” (p. 30). Es el tiempo de lo incongruente, de lo surreal, los relojes de Dalí que distorsionan las vivencias y, por ello, enojan y cansan al poeta porque “El cristal se desgarró como el tiempo que pasó inútilmente, / el cristal de mis ojos [...] Sólo yo con mi sombra en el paisaje iba soñando / un reloj de piedra” (p. 32).

Se escucha aquí el largo y estruendoso eco de Maples Arce al decir: “Yo soy un punto muerto en medio de la hora, / equidistante al grito náufrago de una estrella. / Un parque de manubrio se engarrotó en mi sombra / y la luna sin cuerda / me oprime en las vidrieras” (Paz, 2010: 220). Es el tiempo que borra los recuerdos, acelera el olvido y, con ello, confunde identidades, ubica al hombre en estados de descontrol, ruina, vacío, asumidos por el poeta con angustia, ceguera ante la vida, desconocimiento de lo importante, sombras, cenizas: muerte.

Marc Augé ha estudiado con bastante precisión la condición de muerte del hombre contemporáneo. La

ha asimilado como desinformación, ignorancia, indiferencia o desinterés, sobresaturación de conocimientos superfluos y no digeridos a profundidad, omisiones o exclusiones relevantes y olvido de contenido fundamental personal e histórico (Augé, 1998). La muerte es uno de los grandes temas de la literatura de todos los tiempos. En la actualidad resulta un asunto clave por la aceleración del tiempo que incrementa la condición fugaz de todo cuanto experimenta el hombre: las relaciones humanas, el empleo, la satisfacción de deseos, etcétera. Lo cual es vivido aún más por la intensificación del egoísmo y la multiplicación de la violencia en diversas formas, desde la más sutil hasta la más abrupta.

En *Piedra del Ángel* muere la madre, el amor de pareja, Dios, el padre, el hijo: “En la cabeza de mi hijo rueda el abandono, / tal vez, / en ella, / me recuerde la muerte” (p. 40). Aunque Nietzsche mató al hombre, el poeta argentino sigue sorprendido ante esto, es decir, por la muerte de la identidad del pasado, que lo sitúa en un presente lleno de temor, nostalgia e indignación volcados una y otra vez en preguntas. Las puertas más melancólicas, existenciales y socialmente rebeldes suelen cuestionar bastante las formas del olvido, es decir, la indefensión, el aniquilamiento del otro y de uno mismo: la negación de la vida, en tanto ésta representa alegría, motivos agradables para existir, sano desarrollo y paz. En diversos poetas permea esta actitud: Nezahualcóyotl, Calderón de la Barca, Shakespeare, Poe, varios gauchescos, los vanguardistas y los *beats*, entre otros. Con esa tradición, Rivella pregunta qué es el pasado y sentencia que, en gran medida, es nulificación; pero, ante todo, es un juego de espejos borrosos entre el recuerdo y el olvido: “El pasado existe cada día en la memoria como un fuego nuevo [...] el futuro es un juego ambivalente / entre lo que viene y lo que desaparece. / El punto inamovible. / El movimiento de ser lo que está quieto” (p. 41).

Por su parte, el presente es vivido con cierto temor ante la limitación y/o reificación de vida que ejerce la violencia en la actualidad en varios ámbitos, especialmente por la aceleración del reloj que hemos comentado: “las fauces del tiempo midiendo mi garganta”:

Cronos devora a sus hijos. Ante el panorama presente, el poeta muestra algunos comportamientos sociales:

A) Asomarse a la vida con miedo, contagiarse de la psicosis donde reinan la soledad y pesadumbre, las cuales hacen a los humanos decirse con fastidio: “Sólo yo con mi sombra en el paisaje iba soñando / un reloj de piedra” (p. 32); sólo un Sísifo torpe, miedoso y enojado.

B) Rescatar el presente a través del amor como respuesta a la enajenación. Se trata de reivindicar el lado positivo del presente experimentado por los sentidos y la reflexión: “Pido entrar y golpeo sin esperar respuesta. / ¿Pero quién sabe dónde? ¿Han sitiado tu nombre? / Una muchacha hace el amor con los cabellos sueltos, se contonea su cuerpo como una llave al viento, / y las dos, / Mujer y Poesía, / van hacia la eternidad” (p. 75). Así, el amor puede ser perenne por la fuerza de sus acciones y lo positivo de sus implicaciones. El amor es eterno porque el tiempo es relativo. En el laberinto pardo de la vida, el poeta define el amor con una ilación de metáforas brillantes, cálidas y dulces, como “unos ojos al borde del incendio”, “un colibrí de azúcar moliendo tu cintura”, “la filigrana de tu lengua en mi espalda”: “Cuando recorro el mundo hay un perfume en mi solapa” (p. 65).

C) Valorar las oportunidades del amor posible que uno negó en un pasado, con el fin de realizarlas en un futuro y no atormentarse por lo imposible: “He sido lo fugaz en la muchacha que frente a la ventana me esperaba. / No me animé a llamarla, y como Bécquer, aún pregunto por sus ojos solos, su voz como un fragmento del pasado y el tiempo que me cerca en todas partes. / Si la hubiera detenido, quizá, no sería éste que arrastra su voz como una cruz, ni sería el condenado a dar vueltas en una casa circular que da a la noche. / Nunca imaginé que la eternidad cabía en este instante” (p. 42).

D) Concienciarse del lado negativo del olvido, con el fin de aferrarse a los recuerdos amorosos como un modo positivo de existir. Por lo que el poeta insiste: “He de esperarte en el altillo / donde la ciudad pule los ojos al mirarte. / Hace más triste la espera. / El amanecer no puede llevarse tu recuerdo” (p. 47).

De esta manera, nos acercamos al futuro: ¿qué es y cómo modifica la existencia del poeta, quien constantemente viaja entre los tiempos? El futuro necesariamente se vincula con el pasado y con el presente de modo que siempre tiene sentido pensar en él: “¿Podrá este pozo del corazón salvarte del olvido? ¿Fraguar cada minuto para que no suceda lo inevitable?” (p. 44).

El hombre y la mujer giran varias veces sobre algunos temas claves de la existencia humana universal y particular en el poemario, pero no lo realizan de la misma manera. La piedra y la montaña que suben esos Sísifos no son siempre las mismas; ni el tiempo, ni el espacio, ni la fuerza de la carga. Herencia de Heráclito asimilada en Rivella en gran parte por la cosmovisión de Jorge Luis Borges, quien desarrolló estos asuntos de manera constante entre laberintos, rosas, ríos, sombras y Golems infinitos: “Sediento de saber lo que Dios sabe, / Judá León se dio a permutaciones / De letras y a complejas variaciones / Y al fin pronunció el Nombre que es la Clave, / La Puerta, el Eco, el Huésped y el Palacio, / Sobre un muñeco que con torpes manos / Labró, para enseñarle a los arcanos / De las Letras, del Tiempo y del Espacio” (Rodríguez, 1997: 345-346). Finalmente, es un hecho que hombre y mujer suelen cargar piedras, transportarlas a varios lugares con diferentes objetivos, generar vivencias positivas, padecer las negativas y construir, a partir ellas, experiencias benéficas.

BIBLIOGRAFÍA

- Augé, Marc (1998), *Las formas del olvido*, Barcelona, Gedisa.
- Berenguer Carisomo, Arturo (1970), *Literatura argentina*, Barcelona, Labor.
- Paz, Octavio (2010), *Poesía en movimiento, México: 1915-1966*, México, Siglo XXI.
- Rodríguez Monegal, Emir (1997), *Jorge Luis Borges. Ficcionario. Una antología de sus textos*, México, FCE.
- Rivella, Hugo Francisco (2011a), “El hijo muerto”, LAOTRA. REVISTA DE POESÍA + ARTES VISUALES + OTRAS LETRAS, en línea: <http://www.laotrarevista.com/2011/08/hugo-francisco-rivella-argentina-1948/>